

David Le Breton

El tatuaje



casimiro

David Le Breton

El tatuaje o la firma del yo

casimiro

casimiro [*casimoroa edulis*]

David Le Breton, *Le tatouage ou la signature de soi*
Texto escrito para Casimiro libros

Traducción de Raoul Albé

Diseño cubierta: Rossella Gentile
En cubierta: ukiyo-e de Tsukioka Yoshitoshi, *Mirada de dolor*, 1888.

© David Le Breton, 2013

© Casimiro libros, Madrid, 2013

Todos los derechos reservados

www.casimirolibros.es

ISBN: 978-84-15715-32-0

Depósito legal: M-26921-2013

Impreso en España

Índice

Geografía íntima de la piel	7
Orígenes	10
Dios y el tatuaje	20
La larga domesticación del tatuaje en Europa	23
Manifiestar la disidencia	28
El dolor necesario	31
El renacer del tatuaje	36
Nostalgia tribal	38
Firma del yo	44
Significados contemporáneos	48
El gusto de las nuevas generaciones por el tatuaje	58
Mostrar u ocultar según las circunstancias	64
Eliminación del tatuaje	66
Obertura	68
Bibliografía	69

DAVID LE BRETON

es profesor de sociología en la universidad de Estrasburgo (Francia). Miembro del Institut Universitaire de France y del Institut des Études Avancées de la universidad de Estrasburgo. Autor de numerosas obras, entre las cuales se han traducido al español: *La sociología del cuerpo* (Nueva Visión), *Antropología del cuerpo y modernidad* (Nueva Visión), *Las pasiones ordinarias. Antropología de las emociones* (Nueva Visión), *El silencio, aproximaciones* (Sequitur), *Antropología del dolor* (Seix Barral), *El sabor el mundo. Una antropología de los sentidos* (Nueva Visión), *Adiós al cuerpo. Una teoría del cuerpo en el extremo contemporáneo* (La Cifra), *Caminar: un elogio* (La Cifra), *La edad Solitaria. Adolescencia y sufrimiento* (Lom) o *El cuerpo sensible* (Metales Pesados).

EL TATUAJE O LA FIRMA DEL YO

"Es curioso: parece que, cuando se cambia un poco de *look* –aunque sólo sea con un tatuaje–, uno se siente distinto por dentro"

Russell Banks, *La ley del hueso*

Geografía íntima de la piel

La condición humana es corporal. Asunto de identidad tanto individual como colectiva, el cuerpo es el espacio que se muestra para que los demás lo lean e interpreten. La piel es, ante todo, prueba de presencia en el mundo. A través de ella se nos reconoce, se nos nombra, se nos identifica con un género, con un saber estar o seducir, con una edad, una "etnia" o una condición social. Envuelve y encarna a la persona asemejándola a otras o diferenciándola, según sean los signos en liza. Su textura, su tez, sus cicatrices, sus rasgos particulares (lunares, arrugas, etc.)

dibujan un *paisaje único*. Al igual que los archivos, la piel conserva los rastros de la historia personal como un palimpsesto del que sólo su dueño tiene la llave de lectura: antiguas quemaduras, heridas, operaciones, vacunas, fracturas, etc. Recordemos ese hermoso pasaje del Canto XIX de la *Odisea*, cuando Ulises en su vuelta a Ítaca es reconocido por su vieja nodriza Euriclea gracias a la cicatriz en su muslo. La huella cutánea se convierte en signo de identidad, más aún cuando nace por elección, como ocurre con el tatuaje. Sirve para nombrar los cuerpos anónimos que en una escena del crimen o en un campo de batalla ya sólo se distinguen por sus "rasgos propios"; tatuajes u otras particularidades de la piel son entonces el único documento de identidad. Como dice Carlos Trosman, la piel es una "cartografía" (Trosman, 2013) de nuestra relación con el mundo.

La piel es lugar a la vez de apertura y de cierre ante el mundo, según decida el individuo. Frontera simbólica entre los adentros y el afuera, entre el interior y el exterior, entre uno mismo y el otro, es una especie de intervalo: marca el límite cambiante de la relación del individuo con el mundo. Superficie sobre la que se proyectan significados, encarna la interioridad: es el camino que conduce a lo más hondo de uno mismo. Sismógrafo de nuestro sentido de identidad, traduce "estados de ánimos". Al cristalizar parte del vínculo social, es también lugar donde resolver tensiones y deshacer crispaciones. Zona fronteri-

za que protege de las agresiones externas o de las tensiones íntimas, la piel encauza nuestro sentido de la existencia y nos protege de la sensación de ser víctimas del caos y de la vulnerabilidad.

Pantalla donde, con las innumerables formas de escenificación de la apariencia que ofrece nuestro mundo contemporáneo, proyectar una identidad soñada, la piel arraiga el sentido del yo en una carne que nos singulariza. Las marcas del cuerpo son como contrafuertes de la identidad, delimitaciones de nuestro ser. Tan antiguas como la humanidad, esas marcas participan del proceso de apropiación simbólica del yo y del mundo circundante. En nuestras sociedades individualistas, quien no se reconozca a sí mismo en su propia existencia puede intervenir en su piel para cincelarla de otro modo. Actuar sobre ella significa cambiar el ángulo de la relación con el mundo. Tallar la carne es tallar una imagen deseable del yo, modificando su forma (Atkinson, 2003; Falgayrettes-Leveau, 2004; Le Breton, 2002, 2007; deMello de 2000; Muller, 2013; Pitts, 2003). La piel es lugar donde se fabrica la identidad. Tanto es así que las marcas añadidas deliberadamente se convierten en signos de identidad que se lucen sobre la propia carne. El sentido del yo echa sus raíces en la piel, en cuanto lugar inmediato del contacto con los otros y con el mundo.

En vano buscaríamos los "orígenes" de las muchas y variadas decoraciones corporales: son algo propio de la condición humana; toda sociedad, de una forma u otra, modifica culturalmente el cuerpo de sus integrantes. El cuerpo siempre es *enunciado*: transmite significados por su mera apariencia (Le Breton, 1997). El hombre no es un animal que habite el mundo sin modificarlo: lo cambia, se hace dueño de su circunstancia. Toda sociedad humana alberga ese deseo de convertir la presencia en el mundo, y el cuerpo, en una obra que le sea propia. Nunca el hombre existe en estado salvaje, siempre está inmerso en una cultura, es decir, en un universo de significados y valores.

Las marcas corporales pueden albergar numerosos significados, incluso simultáneos: sexualización, acceso a la madurez social tras los ritos de paso, belleza, adorno, erotismo, fecundidad, jerarquía, valentía, amparo, sacralidad, invocación, dolor, estigma, etc. Pueden ser indelebles o temporales. Las pieles pálidas son más propicias a los tatuajes, donde destacan más que sobre las pieles oscuras donde resaltan más las escarificaciones. Los colores que cubren el cuerpo suelen tener un significado específico: connotan determinadas fuerzas, un vínculo con los antepasados, con los dioses o con un grupo de edad, o simbolizan alegría, dolor, fortaleza, etc. Son marcas que, casi

siempre, conviene dejar ver. Se añaden al cuerpo (tatuaje, maquillaje, escarificación, adorno, implante subcutáneo, blanqueo de los dientes, implantes dentales, quemaduras, abrasiones, etc.), o se quitan del cuerpo (circuncisión, excisión, infibulación, depilación, mutilación, perforación, extracción o modelado de los dientes, etc.), o moldean el cuerpo (cuello, orejas, labios, pies, cráneo). Las escarificaciones pueden ser en relieve o cóncavas, y ser un primer paso hacia la inserción en la piel de algún objeto: un trozo de madera o de marfil, un hueso, una concha, una piedra, una garra, etc.

Uno de los propósitos de la marca consiste en sacar al ser humano de la *indiferenciación* y distinguirlo de la naturaleza o de las otras especies animales. Lévi-Strauss señala a propósito de los Caduveos de Brasil que "había que estar pintado para ser un hombre, el que permanecía en estado salvaje no se diferenciaba de la bestia" (Lévi-Strauss, 1955). En muchas sociedades tradicionales, el hombre y la mujer no marcados quedan relegados a un estatus inferior, permanecen apartados de una comunidad humana que exige un cuerpo completado simbólicamente, no participan de la dinámica común, no pueden casarse. En la Polinesia, donde se entendía que la persona no nacía arraigada en su carne sino como una suma de fragmentos interconectados, el cuerpo se veía como un conjunto de entidades separadas y el tatuaje venía a sellar la unidad de la persona.

Las mujeres maoríes se tatúan los labios y las encías para diferenciarse simbólicamente del perro que también tiene dientes blancos y labios rojos. Los límites entre las especies revisten una dimensión simbólica, son fruto de las interpretaciones de las comunidades humanas mucho más que un rasgo dado. La marca en la piel distingue de manera definitiva al individuo de lo indiferenciado y señala su legitimidad como integrante del grupo.

Las marcas del cuerpo, cuando son duraderas o definitivas, no sólo reflejan una separación frente a la naturaleza, sino que sellan un reconocimiento mutuo: a través de la piel señalan una afiliación. "En las tribus Osage, escribe por ejemplo George Catlin, es costumbre raparse toda la parte frontal del cráneo y adornar la coronilla con una cola de ciervo o de jabalí y teñir el cuero cabelludo y gran parte de la cara de rojo bermellón. Los viajeros advierten inmediatamente esta singularidad de unas cabezas que se adornan artísticamente desde la adolescencia" (Gröning, 1997). La marca permite acceder a la cultura humana. En las Islas Marquesas los que no estaban tatuados, por no tener recursos, eran objeto de desprecio, mientras aquellos cuyos cuerpos estaban cubiertos de tatuajes encarnaban una elegancia envidiada.

Las inscripciones corporales acompañan los ritos iniciáticos de muchas sociedades tradicionales. En estas sociedades, la persona no se pertenece a sí misma, su estatus la sumerge, con el estilo adscrito al mismo, dentro de

la comunidad. Es tan sólo miembro de un cuerpo colectivo. Las marcas impresas en la piel reflejan una cosmogonía que todos entienden y una igualdad inalienable que todos comparten. Proyectan en el tiempo el cambio ontológico del iniciado, que pasa a ser un hombre o una mujer y a asumir unas responsabilidades sociales codificadas por el grupo.

En muchas sociedades humanas las marcas corporales identifican socialmente: indican un estatus dentro de la comunidad, manifiestan la pertenencia a un grupo, a un sistema social, especifican la afiliación religiosa, vinculan con el cosmos. En algunas sociedades, informan de la pertenencia a un linaje, clan o grupo de edad; indican un estatus o sellan una alianza. Imposible ser miembro del grupo sin ese trabajo previo de integración que los signos cutáneos imprimen en la carne. No estar marcado significa no tener identidad. Entre los Ainu de la isla de Hokkaido, sólo las mujeres se tatúan –los brazos y sobre todo la cara– en un largo proceso que inician al cumplir los tres años. La niña recibe entonces una pequeña incisión: un punto bajo la nariz que, aún abierto, se frota con ceniza de abedul. Año tras año se van sumando marcas que acaban formando un semicírculo. Al casarse, el dibujo se remata con dos líneas que cruzan la cara, desde las mejillas hasta las orejas. Es una manera simbólica de aumentar la pilosidad del ser humano. Los Ainu tienen en efecto fama entre las poblaciones vecinas de velludos. La

tinta en torno a la boca sella la pertenencia al marido de la palabra de su mujer. Cara y manos marcadas, la mujer no podrá decir mal de su marido ni olvidar que debe dedicar su vida a él y a sus hijos (Leroi-Gourhan 1989). Estos tatuajes han desaparecido en el Japón actual pero, con motivo de algunas fiestas, renacen de manera lúdica y provisional cuando las muchachas se pintan falsos bigotes con tinta azul (Ebin, 1979). En el Japón siglo XVI aparecen los tatuajes de afiliación que marcan la pertenencia a un clan y ayudan a reconocer a los guerreros muertos en combate y evitar el trato anónimo de sus restos en el campo de batalla. Esta costumbre perdura hoy en día entre los militares destinados a guerras lejanas y que se hacen tatuar antes de partir.

La escritura del cuerpo es también memoria de la piel, narra los momentos señalados en la vida del individuo: sus hazañas como cazador, pescador, guerrero, etc. Recordamos la hermosa descripción de Herman Melville del arponero del *Pequod* que aterroriza al joven Ismael en su primer encuentro: "Este tatuajes había sido obra de un difunto profeta y vidente de su isla, que, con esos jeroglíficos, había escrito en el cuerpo de Queequeg una completa teoría de los cielos y la tierra, y un tratado místico sobre el arte de alcanzar la verdad. De modo que el cuerpo de Queequeg era un enigma por resolver; una prodigiosa obra en un solo tomo; pero cuyos misterios no podía leer él mismo, aunque su corazón latiera contra

ellos. Y esos misterios, por tanto, estaban condenados a disiparse con el pergamino vivo en que estaban inscritos, y quedar así para siempre sin resolver. Y esta idea debió ser lo que sugirió a Ahab aquella salvaje exclamación suya, una mañana, al volverse de espaldas después de inspeccionar al pobre Queequeg: "¡Ah, diabólico suplicio de Tántalo de los dioses!" (Melville, 1941).

La búsqueda de la belleza es uno de los primeros motivos del adorno del cuerpo. Toda sociedad humana, siguiendo sus propias definiciones de la belleza, moldea las formas del cuerpo para hacerlo más atractivo. Así, en el Japón del siglo XIX, el tatuaje permite realzar el escaso valor social del pueblo llano –bomberos, peones, barqueros, portadores de palanquines, tiradores de rickshaw. "Los bomberos rasos estaban mal equipados, cubiertos a menudo tan sólo con una chaqueta corta. Eran unos subalternos que compensaban psicológicamente su 'desnudez' con unos espléndidos tatuajes que venían a ser como talismanes contra los peligros que corrían" (Pons, 2000). Estos hombres relegados pretendían mostrar su valentía, su aguante ante el dolor, y equipararse así a la clase guerrera a la que no podían acceder: esos tatuajes eran una reivindicación de dignidad, de valía personal, como contrapunto a un tejido social que les condenaba a una posición subalterna.

Los tatuajes erotizan el cuerpo. Lévi-Strauss describe los adornos caduveos que, aunque hayan perdido sus anti-

guos significados, siguen en uso por mero gusto. "No hay duda de que, hoy en día, la persistencia entre las mujeres de esta costumbre responde a motivaciones eróticas. La reputación de las mujeres caduveo está firmemente asentada en ambas orillas del río Paraguay [...] Esta cirugía pictórica injerta el arte en el cuerpo humano [...] Nunca, probablemente, el efecto erótico del maquillaje haya sido tan sistemática y conscientemente explotado" (Lévi-Strauss, 1955). Uno de los mitos sobre el origen de los tatuajes en las Islas Marquesas se refiere directamente a la carga erótica que proporciona: "Hamatakee se encontró con el dios Tu que tenía un semblante muy triste: -¿Por qué tanta tristeza? le preguntó. -Es que mi esposa me abandonó y se entrega al libertinaje -Si la quieres recuperar, hazte hermoso con el tatuaje. Te verá tan maravillosamente transformado, que pensará que eres un ser nuevo y querrá volver junto a ti. ¡A qué esperas pues! El propio Hamatakee lo tatuó y, efectivamente, Tu surgió como un ser nuevo, y tan atractivo que todas las mujeres hubieran querido estar con él. Al verlo, su esposa se apresuró en volver. Y desde ese día, todo el mundo quiso ser tatuado" (Rollin, 1929).

Como marca provisional, el tatuaje puede servir para recalcar los rituales más señalados de la vida en común. Muchas comunidades amerindias decoran su piel para las ceremonias colectivas. La jungla abunda en recursos para embellecer los cuerpos. En el Alto Xingú amazónico, las fiestas de los Xinguano son una ocasión para lucir esplén-

didos motivos coloreados que cada cual dibuja como quiere con la ayuda de los demás. Estas pinturas sirven para mostrar el talento de cada individuo así como su conocimiento del simbolismo de la comunidad. Mezcla de transmisión oral y de intuición, son también una manifestación estética, un querer mostrarse bello.

La devoción es otro de los significados adscritos al tatuaje. Los hombres y las mujeres de la tribu de los Ramani, de Madhya Pradesh, en el centro de la India, cubren sus cuerpos con el nombre de Rama, la séptima encarnación de Visnú (Pierrat, Guillon, 2000). El nombre de Dios o los símbolos que lo caracterizan se escriben sobre el cuerpo, aun cuando la ortodoxia religiosa no lo apruebe. Desde finales del siglo XIX, la religiosidad popular usa con gusto los simbolismos del cristianismo. La Cruz, Cristo, el Calvario, la Virgen, etc. abundan sobre el cuerpo de los varones de las clases populares como una manera de no descuidar a Dios aún viviendo en un mundo profano. Sitúan su desdichada suerte, o sus actividades delictivas, bajo el amparo de Cristo, considerado él también como una víctima de la injusticia social.

El tatuaje también pregonaba un estatus social. A mediados del siglo XIX, en las Islas Marquesas, los jefes lucían ricos tatuajes, tal y como pudo ver M. Radiguet: "El tatuaje más elegante que pudimos ver en las Marquesas fue el del jefe Hina [...] Aunque distintos fueran los tatuadores que a lo largo de cincuenta años participaron en la reali-

zación de tamaña obra, ésta tenía tal armonía que parecía salida de una sola idea y de una sola mano. Si, como se suele creer, el tatuaje narra la vida de las personas a las que adorna, o si, como un blasón, perpetúa la memoria de momentos gloriosos, el del jefe, a juzgar por su complejidad, debía contar maravillas. Jamás superficie mortal fue tan profusamente cubierta de tiras, espirales, círculos concéntricos, bordados, recovecos y ondulaciones; plantas, peces, reptiles, se arrastraban y nadaban, con tal simetría y sutileza que sólo delicados instrumentos pudieron incrustarlos" (Radiguet, 1929). Los nobles Mbayá del Mato Grosso, escribe Lévi-Strauss, "hacían ostentación de su rango estampando su cuerpo con pinturas o tatuajes, que venían a ser como blasones. Se depilaban completamente la cara, también cejas y pestañas, y llamaban despectivamente *hermanos de avestruz* a los europeos con sus ojos enmarañados" (Lévi-Strauss, 1955). Entre los Nubios del sur del Sudán, hermosas pinturas corporales señalan el rango y la edad de los hombres. Desde el joven pastor hasta el anciano que participa en la toma de las decisiones del grupo, el recorrido social queda reflejado con un lenguaje corporal en el que intervienen peinados y adornos corporales diferentes para cada individuo pero formalmente idénticos en cada clase de edad. El uso del color, en especial, responde a unas normas muy estrictas. Los dibujos siguen la forma de la cara o del cuerpo y suelen simbolizar animales.

Los tatuajes también pueden pretender proteger o sanar. Son como escudos que repelen todo tipo de adversidad. Su presencia aleja las malas influencias, los espíritus malignos, el mal de ojo. Abren en la carne lugares para comunicarse con los antepasados, con lo divino o con los espíritus protectores cuya vigilancia propiciatoria avivan. Según donde esté dibujado en el cuerpo o los ingredientes usados para hacerlo duradero, el tatuaje también puede servir para curar. En la cultura bereber, la decoración del cuerpo con alheña (henna) está muy extendida. Profilácticas y terapéuticas, estas decoraciones pretenden proteger las zonas más vulnerables del cuerpo, aquellas que median entre el hombre y el mundo: los orificios. "La boca, la vulva y la nariz son como puertas abiertas sobre lo más profundo del ser, y el tatuaje del pubis tiene la misma función que el tatuaje de la barbilla o de la nariz: es extra-orificial" (Bruno, 1974). La barbilla, por su cercanía a la boca, las sienes junto a los ojos o los tobillos que unen a la tierra, son otros lugares señalados. Su función es la de repeler la enfermedad, curar, sanar el órgano dañado, proteger contra el mal de ojo, etc. El Siyyala, o tatuaje de la barbilla, suele hacerse durante la pubertad, es un signo de feminidad. Aplicados principalmente por las mujeres, los tatuajes también son ornamentales y se llevan en manos o pies. Permanentes o provisionales (con henna) los dibujos son, como es sabido, geométricos, nunca figurativos.

El tatuaje también tiene como objetivo aumentar la invulnerabilidad de los guerreros. En las Islas Marquesas, los dibujos de tortugas eran comunes en los cuerpos de los hombres: como signos de fuerza, manifestaban la capacidad de transitar entre la tierra y el mar y, también, entre la vida y la muerte. Las imágenes antropomórficas también servían para recalcar el valor de los guerreros. Según A. Gell (1993), la duplicación de la cara en otra parte del cuerpo mediante el dibujo era señal de poder e invulnerabilidad: ponía ojos en la espalda para evitar traiciones. El tatuaje cubre el cuerpo con una piel protectora. En muchas sociedades sirve para apropiarse las virtudes de un animal, para fortalecer el valor, la fuerza, la tenacidad, la inteligencia, para afinar la vista, etc.

El signo corporal también puede ser una forma radical de imponer un estatus inferior; puede sellar la infamia de quien lo lleva. La piel tatuada en un lugar visible muestra así ante todos la indignidad. Práctica de vieja tradición que ya se daba en la antigua Grecia y que se usó en Europa o en Japón, estigmatiza de por vida.

Dios y el tatuaje

Antes del cristianismo, muchos pueblos de la vieja Europa marcaban sus cuerpos. Los Pictos de Escocia deben su nombre a los romanos, pues se pintaban la piel con un punzón. Los bretones, los godos, los germanos

también llevaban ornamentaciones cutáneas. Según cuenta Vegecio, los legionarios romanos llevaban el nombre del emperador y la fecha de su alistamiento inscritos en su brazo derecho. Pero el cristianismo rechazará todo ornato de la piel. En las sociedades dominadas por las religiones del Libro, el tatuaje quedará, en principio, prohibido. El respeto a la integridad del cuerpo es un elemento esencial de la lealtad debida a una Creación a la que nada hay que quitar o añadir. Esta prohibición explica la negatividad con la que durante mucho tiempo estuvo asociado el tatuaje. La Biblia manifiesta claramente su rechazo a cualquier tipo de intervención visible y duradera sobre el cuerpo humano. "No os haréis rasguños en vuestro cuerpo por un muerto, ni imprimiréis en vosotros señal alguna", dice el *Levítico* (19:28). El *Deuteronomio* reitera esa misma orden (14:1). El cuerpo debe quedar tal y como Dios lo concibió, sin añadidos humanos. Sólo Jehová puede cambiar el cuerpo de los hombres. En el Génesis, protege de esa guisa a Caín tras haber matado a su hermano Abel: "Entonces Jehová puso señal en Caín para que no lo matase cualquiera que lo hallara" (4:15).

En el cristianismo, con Pablo, la marca se convierte en "sello del Espíritu" (II Cor, 1:22). Convertido en pura interioridad, ese sello abraza el ser del hombre y no ya su cuerpo. El bautismo es señal suficiente para demostrar la fe, no hay necesidad de recalcarla con un signo en la piel. No obstante, los primeros cristianos se tatuaron signos de

gratitud: la Cruz, el monograma de Cristo. En el año 313, Constantino prohibirá las marcas en la cara, una cara hecha a imagen y semejanza de Dios. El Concilio de Calcuth (Gran Bretaña) se sublevará, en el año 787, contra los usos tradicionales del tatuaje entre los Pictos. La Iglesia lucha entonces contra las antiguas y aún pujantes formas del paganismo. Tatuarse por Dios puede llegar a ser lícito pero sólo si no hay connotación pagana. Los cruzados se tatuarán una Cruz para poder ser identificados al morir y recibir cristiana sepultura. Pero la costumbre se irá perdiendo poco a poco, perdurando sólo en algunos lugares de peregrinación. Así, hasta finales del siglo XIX, los peregrinos de la Virgen de Loreto, en Italia, podían inscribir en su piel la Cruz o el monograma de Cristo o la fecha de su llegada al lugar santo. Ahí donde eran minoritarios, especialmente en tierras del Islam, los cristianos, por ejemplo en Bosnia y Herzegovina o en Egipto (los coptos), llevaron durante mucho tiempo un tatuaje de afiliación que remitía a los mencionados motivos religiosos.

La tradición católica, aunque nunca ha impedido completamente el tatuaje, sí ha condicionado notablemente su desarrollo, especialmente en comparación con los países de tradición protestante, especialmente los del Norte de Europa (Países Bajos o escandinavos, Alemania, Inglaterra) o los Estados Unidos, donde el hecho de marcar el cuerpo ha suscitado históricamente menos reprobación que en Francia, Italia, España o Portugal, por ejemplo.

Las culturas islámicas mantienen una posición ambigua. Antes de la llegada del Islam, las sociedades recurrían tradicionalmente al tatuaje. Y la islamización no logrará erradicar una costumbre muy arraigada sobre todo entre los bereberes y los beduinos. El Corán no hace ninguna referencia explícita, si bien considera que alterar la creación de Dios constituye un pecado imperdonable. El respeto a la integridad del cuerpo es una obligación sagrada. Un hadiz advierte: "Maldita sea la que tatúa, la que se haga tatuar, la que se ponga pelo falso o se los haga añadir". O también: "Dios maldijo a las que se tatúan, a las que se depilan la cara y se liman los dientes por vanidad, porque desvirtúan la obra de Dios". La única mención en el Corán a una marca física es negativa. Mahoma amenaza con marcar con un signo de infamia el rostro de los incrédulos: "Aquél que cuando se le reciten nuestras aleyas, diga: "¡Patrañas de los antiguos", ¡le marcaremos el hocico!" (Sura 68). El Corán, sin embargo, no se opone expresamente a una práctica muy extendida en tiempos del Profeta.

La larga domesticación del tatuaje en Europa

En América del Sur, los españoles y los portugueses se encontraron con sociedades amerindias que cubrían sus cuerpos con adornos permanentes o temporales. Esas formas de ornar el cuerpo suscitaron de inmediato censura.

Los indios del Oeste americano serán llamados "pieles rojas", por el color de la tinta con que se pintaban la cara y el cuerpo. Y los pioneros, lejos de maravillarse, se horrorizarán ante unas señales que les repugnaban y que nada bueno les transmitían. La sorprendente variedad de sus adornos corporales puede apreciarse en los cuadros de George Catlin (1796-1872) y Karl Bodmer (1803-1893) pintados a lo largo del siglo XIX. Catlin, en especial, recorrió el "lejano Oeste" con sus lienzos y sus pinceles, fascinado por las sociedades amerindias. Sus numerosos cuadros muestran los motivos y colores que cubrían el cuerpo, como en ese retrato de Strong Wind, Jefe de los Ojibwa, pintado en 1845: una mano negra que sale de la barbilla y cuyos dedos se extienden sobre la mejilla derecha sobreponiéndose al rojo que cubre ese lado de la cara, la frente cubierta con figuras geométricas y el cuello también pintado de rojo. En sus muchas celebraciones, cada individuo decoraba su piel libremente. Esos cuadros de Catlin y de Bodmer son un magnífico catálogo de una práctica de infinitas variantes, tanto culturales como individuales, de la que apenas queda rastro hoy en día.

¡La idea de que las marcas en el cuerpo denotan un obstinado "salvajismo" perdurará en las sociedades occidentales. Esas marcas no suscitarán ninguna atracción entre los conquistadores y los primeros viajeros que recorren el continente americano. Nadie las imitará. El primer europeo en surcar los Mares del Sur, el español Álvaro de

Mendaña, en 1595, mencionará los adornos corporales de las poblaciones que va descubriendo, pero sin manifestar fascinación alguna por ello; tampoco su tripulación se dejará seducir. Los tiempos aún no eran entonces propicios para que los europeos los adoptaran.

En todo el Oeste de Oceanía, los tatuajes eran muy frecuentes a finales del siglo XVIII, cuando los marinos occidentales iniciaron la exploración de las islas del Pacífico. Los Maoríes, por ejemplo, tenían unos rostros marcados con incisiones en forma de espirales y sus mujeres adornaban sus barbillas con tatuajes. Fue entonces cuando la primitiva práctica del tatuaje fue redescubierta por la sociedad europea; más específicamente, en 1769 en Tahití, gracias a los viajes de Cook en el *Endeavour*. Se volvió entonces a practicar en Europa y se tomó prestado el nombre que le daban los habitantes de las islas. "Los hombres y las mujeres pintan sus cuerpos; en su idioma, lo llaman *tatou*. Lo hacen inyectando tinta negra bajo la piel de manera que la marca resulta indeleble. Esos tatuajes representan a veces toscas siluetas de hombres, pájaros o perros. Los de las mujeres suelen ser unas sencillas 'Z' dibujadas sobre los nudillos de la mano y del pie; también los hombres pueden tenerlas, y tanto ellas como ellos tienen también círculos, medias lunas, etc. en los brazos y las piernas; hay tal variedad de figuras que su número y su lugar parecen depender únicamente del capricho de cada cual, aunque todos llevan la espalda negra: junto a la nuca,

la mayoría lleva grandes arcos dibujados uno encima de otro; estos arcos parecen ser motivo de orgullo, pues tanto hombres como mujeres se complacen en mostrarlos" (Cook, 1998). Las referencias al tatuaje aparecen en varias ocasiones a lo largo del libro de Cook, y responden a una observación atenta y respetuosa. Sin juicio de valor alguno, Cook se limita a adoptar el punto de vista del hombre curioso que quiere dar cuenta de cuanto ve. Desde el primer momento, los marineros quedarán fascinados y querrán ser tatuados por los isleños. "El Sr. Stainsby, yo y algunos otros nos sometimos a la operación y nos marcaron los brazos: la huella dejada sobre la piel no se puede borrar; es de un hermoso color azul violáceo, muy parecido a la huella que deja la pólvora del fusil", escribió en sus memorias el dibujante Parkinson, uno de los expedicionarios de Cook (Scutt, Gotch, 1974). Los marineros de Cook se acercarán a esa práctica ajena y otorgarán al tatuaje sus primeros títulos de nobleza.

En 1804, un viajero advierte el inicio de la profesionalización de algunos tatuadores de las islas que atienden las peticiones de las tripulaciones: "Hay artistas que se dedican a este arte. Uno de ellos instaló su taller en la nave; y no le faltaba trabajo, pues la mayoría de nuestros marineros quería ser tatuado" (Scelma 1994). Los nombres de los tatuadores más reputados de los distintos puertos empezarán a correr de buque en buque. Los amotinados del *Bounty* estaban casi todos tatuados, también el capitán

Fletcher. Los marineros traerán así de vuelta a Europa recuerdos cutáneos de sus viajes, no sólo por el Pacífico.

Sobre todo los anglosajones serán los que se harán tatuar en distintos lugares del planeta, mezclando diferentes estilos al ritmo de las escalas y del aburrimiento que impone el mar. Manera habitual de matar el tiempo, se harán marcar por sus propios compañeros de nave. Melville recuerda sus días en un buque de la Marina de los Estados Unidos: "Algunos marineros eran expertos tatuadores; teníamos a dos muy famosos por su habilidad en este arte. Cada uno tenía una pequeña caja con utensilios y colores [...] Según pidiera cada cual, tatuaban una palmera, un crucifijo, una mujer, un león, un águila o lo que fuere" (Melville, 1960). Scutt y Gotch (1974) señalan que en Nueva Inglaterra a principios del siglo XIX, cerca del 90% de los marineros de la Royal Navy o de los barcos escandinavos que surcaban sus costas estaban tatuados.

A lo largo del siglo XIX, algunos hombres abandonarán su patria para abrazar el nuevo mundo, saldando el pago de la huida con tatuajes de afiliación a su grupo de acogida. En *Omoo*, Melville describe la visita de una decena de nativos: "Venían acompañados de un extranjero, que había renunciado al cristianismo y a la humanidad, un hombre blanco, con la cara tatuada, atrapado por los Mares del Sur. Una banda ancha de color añil cruzaba su cara de oreja a oreja y sobre su frente se perfilaba la silueta alargada de un tiburón azul, todo aleta, de la cabeza

hasta la cola. Contemplamos a este renegado con un sentimiento cercano al horror; sensación que se agudizó cuando supimos que se había prestado voluntariamente a ese embellecimiento de su fisonomía". Inglés, antiguo marino, abandonado en su infancia, despreciado por todos, el hombre se hizo marinero sin encontrar buena acogida en su nave y desertó durante una escala en una isla devastada por luchas internas. Pronto se convirtió en "jefe militar de la tribu y dios de la guerra de toda la isla".

Manifestar la disidencia

Durante mucho tiempo en las sociedades europeas, el tatuaje no pasó de ser una exhibición de excentricidad. En otros lugares, la colonización europea, y sobre todo los misioneros, fueron destruyendo gran parte de las culturas cutáneas. Cualquier modificación del cuerpo se achacaba al salvajismo o a la lascivia, y era combatida. Otros aducían motivos médicos como L. Rollin que, en 1929, celebró la prohibición de los tatuajes en las Marquesas por razones de higiene. Además, el vínculo simbólico entre sociedades "primitivas" y los tatuajes de las poblaciones "marginales" (marineros, soldados, delincuentes, obreros) no resultaba difícil de establecer. Durante mucho tiempo, las barracas de feria y los circos mostraron a los tatuados a un público curioso pero desconfiado. La asociación entre los "primitivos" de aquí y los de lugares remotos era

frecuente en los escritos de los psiquiatras y de los criminólogos entre finales del siglo XIX y principios del XX. Desacreditaba a ambos. Rechazado por la buena sociedad como un síntoma de "barbarie", el tatuaje era sin embargo acogido en los ámbitos sociales más o menos rebeldes, indiferentes al parecer de los demás y dispuestos a cargar las tintas de su mala reputación. Ya desde finales del siglo XIX, el tatuaje en la cárcel servía como informal entronización en el mundo de los rufianes. El detenido marcado por otro buscaba con ello un certificado de virilidad, una confirmación de su paso al mundo de los "duros". Gracias al signo tegumentario se veía a sí mismo definitivamente como un hombre, entendiendo que así también lo veían los demás. Más allá de los marineros, de los delincuentes o de los soldados, la parte más canalla de la clase obrera también considerará el tatuaje como un signo de virilidad y de autoafirmación. Era una manera de distanciarse de la norma, de integrarse mostrando no obstante que no se comulgaba con el orden establecido. Rodeado de ese aura de excentricidad, el tatuaje también atraerá a hombres y mujeres de las clases privilegiadas, incluso de la nobleza, deseosos de mostrar su libertad de espíritu.

Durante el siglo XX, muchos otros grupos recurrirán al tatuaje como signo de afiliación. Su parecido con el pacto de sangre de las mitologías adolescentes, permite en efecto tenerlo como señal plausible de acceso y pertenencia al grupo. En California, los chicanos, adolescentes de origen

mexicano, usarán el tatuaje como expresión de irrevocable adhesión al grupo. La cruz rodeada de estrellas tatuadas entre el pulgar y el dedo índice sólo se conseguía tras superar las pruebas impuestas a los postulantes: soportar golpes, robar, superar algún desafío imposible. Esas pruebas servían para comprobar la fortaleza de carácter del novato. El tatuaje venía a confirmar su hombría y su anhelada pertenencia al grupo. El joven pasaba entonces a ser respetado por el temor que despertaba en otras bandas o en aquellas personas que tuvieran la desafortunada ocurrencia de buscar pelea. Esa señal de alianza no estaba, sin embargo, exenta de riesgos por la facilidad con que permitía a la policía identificar a quien la llevaba.

Steward señala que, durante los años-cincuenta años y a lo largo y ancho de los Estados Unidos, numerosos jóvenes rebeldes, sin vínculos con los chicanos, pero fascinados por la actitud de éstos, se hicieron tatuar esa misma insignia. Esta moda incluso fue motivo de escándalo cuando pilotos de la Fuerza Aérea de los Estados Unidos tuvieron que dimitir por llevar un tatuaje que las autoridades militares reprobaban. Durante años, la policía prestó especial atención a aquellos que lo llevaban. Otras bandas siguieron esa pauta y crearon sus propias marcas. Los *bikers*, por ejemplo, también convirtieron sus tatuajes en seña de adhesión con imágenes centradas en la Harley Davidson y sus emblemas: calaveras, esvásticas, etc. El uso de tatuajes y, más aún, de una imaginería específica, para

expresar el desapego o la rebeldía social, se dio en muchos otros lugares. Así, en Nueva Zelanda, a partir de los años setenta, las bandas maoríes en expansión adoptaron unos tatuajes, a menudo realizados en prisión, que combinaban insignias del *Black Power* o de los *bikers* con motivos tradicionales, como el *ta moko*, o tatuaje maorí que cubre todo el rostro, no obstante la oposición de sus mayores (Thomas 2000, 114).

La cultura tradicional del tatuaje, que dominará en nuestras sociedades hasta principios de los años sesenta, se inscribirá fundamentalmente en una cultura popular masculina y heterosexual, de afirmación de la virilidad, de la fortaleza de carácter, de la agresividad, etc. y de confrontación con la cultura burguesa.

El dolor necesario

Tatuarse es un proceso doloroso. Max Radiguet, por ejemplo, describe el método usado en las islas Marquesas: "Los utensilios de tortura consistían en un hueso de ave limado para sacarle puntas, como un peine, y encajado en una rama; un pequeño martillo de madera de casuarina y, por último, una gran concha que contenía un compuesto líquido y negruzco [...] el tatuador, de rodillas (junto al cliente) utilizaba un pequeño martillo para pinchar en la piel las puntas afiladas del peine que de vez en cuando sumergía en el mejunje negro [...] La dolida contracción

de la cara de Tohutaï, teñida de sangre ennegrecida, el temblor nervioso que sacudía sus miembros y la queja constante que le provocaban los pinchazos del peine daban buena cuenta de los sufrimientos que exigía ornarse con esa extraña e indeleble tradición nacional" (1929). Radiguet señala asimismo que el dolor podía ser tal que obligaba al tatuado a descansar semanas o meses antes de seguir completando la operación. En una de las islas del Pacífico, a la persona completamente tatuada se la llama *ne'one'o*, término que según V. Ebin (1979) significa "gritar siempre" u "horrible". En Osaka, la palabra *gatman* significa tanto "tatuaje" como "aguante". En Edo se habla de "piel de coraje". Philippe Pons señala que la hermandad existente entre los tatuadores japoneses se basa en parte en la resistencia que comparten ante el dolor. Así, el gran tatuador Horibun II habría dicho "si se puede soportar ese dolor, entonces es que se es fuerte y se pueden superar las otras pruebas que pone la vida" (Pons, 2000). Los Iatmul de Papúa Nueva Guinea hacen sonar sus tambores durante la operación para cubrir así los gritos del tatuado (Maertens, 1987). En otras sociedades, el mero hecho de lucir un tatuaje tiene un efecto intimidatorio: se entiende que quien haya soportado el dolor de la inscripción sobre sus carnes es un tipo duro que presume de ello. Los ámbitos sociales disidentes, como el de los ladrones, los marineros, los proxenetas o los prisioneros, usaron en su día del tatuaje para intimidar al burgués. Durante mucho

tiempo, en nuestras sociedades, el tatuaje sirvió para afirmar la virilidad (Le Breton, 2002, 2010).

Los tiempos, sin embargo, han cambiado y ya no valoran el hacer gala de resistencia y aguante. Nuestras sociedades temen el dolor y lo combaten con todo tipo de analgésicos. El tatuaje, no obstante, sigue siendo doloroso pues su realización exige tiempo e invade la carne.

Sobre todo los primeros momentos son difíciles; luego, el dolor remite pero sólo para acabar resultando cada vez más agotador e insoportable con el paso de las horas. Algunos lugares del cuerpo son más sensibles que otros: las manos, los dedos, los genitales, los pies, las axilas, la zona de la columna vertebral, etc. Para la mayoría de los tatuados el dolor es sublimado por el proceso paralelo que lo acompaña, por la metamorfosis que anuncia, por la satisfacción de llevar a cabo un hecho largamente deseado. El dolor recalca la dimensión "espiritual" o "iniciática" (para retomar términos que los tatuados suelen usar) del acto de tatuarse. Intercambio paradójico entre tatuador y su cliente, el dolor realza la importancia del momento, y despierta una sensación de orgullo por haber sido capaz de resistirlo. Subraya la presencia de un carácter decidido y lo hace además con una marca en la piel que pocos tienen. "El día en que se pueda hacer sin dolor, dejará de tener sentido" (Valentin, tatuador, 29 años). "El tatuaje duró un buen rato. Joder, lloré, bueno, no lloré, pero me costó. Duró un buen rato, pero no fue cosa mala, al con-

trario; sabía que el tatuador lo sabía, que me dolía. Me encantó [...] Bueno, que te hagan daño no es mi rollo, pero en este caso estás dispuesto, es porque quieres, eso le da otra dimensión al dolor. Nadie te obliga. Luego tuve una sensación de virilidad. Has superado una prueba, has demostrado a los demás que puedes hacer sacrificios tanto físicos como morales. Entiendo a los que no quieren tatuarse, pero creo que el tatuaje te abre a otro universo. Me ha dado algo más de madurez. Creo que para crecer hay que plantearse retos, y el tatuaje me ha permitido evolucionar. Un tatuaje no deja de ser algo especial, no te llega sin más" (Yann, 20 años, estudiante). "Con el dolor y lo que luego ves sobre tu piel, te sientes más grande. El dolor es necesario, es como un parto. Si rechazas la epidural, estás en un todo, en una dimensión cósmica, incluso iniciática. Y es lo mismo con el tatuaje, si no doliera sería como cualquier otra cosa, y el tatuaje no es cualquier cosa" (Lucia, comercial, 24 años). "En realidad no pensaba en nada. Intentaba concentrarme en el dolor, dominarlo sabiendo que estaba ahí. Y creo que luego valoras más tu tatuaje, es como que has sabido aguantarlo; te dolió y sabes que no es algo que se haga a la ligera, no es por impulso" (Sylvie, 22 años, trabajadora a tiempo parcial). "Tengo una marca y tuve que sufrir para lograrla. Si me hubieran tatuado sin dolor no sé si lo valoraría tanto. Si cayera del cielo, así, sin más, no tendría ningún interés" (Lydia, 24 años, estudiante).

Muchos hablan de esa mezcla confusa de dolor y placer, como dos sensaciones imposibles de separar. Las mujeres suelen compararlo con la experiencia del parto, que también tendría esa ambivalencia. "Te duele mucho pero luego te das cuenta que estás haciendo algo muy fuerte con tu cuerpo. Es un poco como el parto. Es como un placer. No es el dolor lo que te gusta sino algo vivo que quieres tener sobre tu piel, es un dolor que no hace daño" (Anne, 28 años). "Te duele un montón pero también lo disfrutas. No es el dolor lo que mola. De alguna manera, es como el parto. Duele, pero luego.... Ese dolor no te agobia, no te centras en eso" (Valérie, 26 años). Incluso si es grande, el dolor adquiere una dimensión moral que transforma su significado y lo hace más llevadero.

El dolor que provoca la inscripción de una marca sobre la piel suele asociarse con la sensación de estar vivo, de sentirse vivo. Las prácticas de auto-transformación por motivos estéticos o espirituales suelen remitirse a la idea de *No pain no gain* –sin dolor no hay logro–, suerte de lema que preside las prácticas más radicales de auto-exploración. Por supuesto, no es que se disfrute del dolor pero no pocos lo viven como peaje necesario para alcanzar una meta deseada. Hay que atreverse. De ahí el sentimiento de orgullo con que suele salir el recién tatuado del estudio de tatuaje. "Sabía que saldría contenta; haberme lanzado, y demostrarme que podía hacerlo... estaba orgullosa de mí misma; fui valiente" (Hélène, 18 años). La

experiencia permite ir más allá en las sensaciones vitales del tatuado, le fortalece su identidad, apuntala su confianza en él mismo (Le Breton, 2002).

El renacer del tatuaje

El renacimiento del tatuajes en los Estados Unidos (Rubin, 1988) ha dado a conocer a una serie de renombrados tatuadores –como Ed Hardy, Sailor Jerry Collins, Lyle Tuttle, Leo Zulueta o Vyvyn Lazonga– que han introducido nuevas técnicas y nuevos estilos, alejando el tatuaje de los viejos dibujos sobrecargados para convertirlo en un arte en toda regla: un *body art* accesible a todos.

Durante los años sesenta, el tatuaje conoció un auge dentro de un contexto de confrutación social (oposición a la guerra de Vietnam, luchas por los derechos civiles, de las mujeres, de los homosexuales, de la liberación sexual, etc.). El tatuaje adquiere entonces nuevos títulos de nobleza. Cambia su naturaleza. Habiendo sido sobre todo masculino, a menudo agresivo, o asertivo de la virilidad, empieza a atraer a las mujeres con dibujos inspirados en Japón, en las sociedades tradicionales o con representaciones más clásicas que sin embargo no se habían usado hasta entonces para marcar el cuerpo: signos astrológicos, animales, símbolos de la paz, etc. Ya no sólo los bíceps o los torsos de los hombres son adornados sino muchas otras partes del cuerpo, y con gran variedad de motivos.

A lo largo de los años setenta, en Londres primero y luego en toda la sociedad británica, los *Punks*, en su deseo de burlarse de las apariencias físicas y de las convenciones de la moda, hacen gala de su disidencia y se atraviesan el cuerpo con agujas, se cuelgan objetos varios de la piel. El cuerpo es quemado, mutilado, agujereado, cortado, tatuado. El odio frente a la sociedad se convierte en odio al cuerpo que simboliza precisamente la relación sometida a normas con los demás. Lejos de una afirmación estética, lo que pretendían los *Punks* era desafiar las normas de la apariencia y el implícito respeto social por la integridad del cuerpo. Si la piel es una superficie en la que el individuo se muestra, alterarla de manera provocadora enarbolaba un rechazo radical de las condiciones de vida. Sin embargo, la cultura *punk* acabará entrando en el circuito del consumo, desviándose, convirtiéndose en *estilo*. Pero por la combinación de las tendencias más bien lúdicas de los estadounidenses y de las actitudes más políticas de los británicos, a principios de los años ochenta, las marcas corporales cambiarán radicalmente de estatus y se convertirán en una moda cada vez más difundida. Paralelamente, esas marcas se irán diversificando dando así respuesta al deseo del individuo de expresar su singularidad: tatuaje, *piercing*, *branding* (dibujos o signos marcados en la piel mediante quemaduras), escarificación, cicatrices en relieve, *stretching* (dilatación de los orificios del *piercing*), implantes subcutáneos, etc. (Le Breton, 2002)

La tendencia cultural de las marcas en el cuerpo es un buen ejemplo de las prácticas contemporáneas de *invención de la tradición*: crea algo nuevo teniendo como fondo antiguas usanzas cuyos significados han sido olvidados o han dejado de interesar; reformula los signos para añadirlos a la panoplia de mimbres con los que cada individuo puede jugar para su propio uso. La actual proliferación de signos y sus nuevos usos, transforma la historia en un motivo sin fondo pues ya no hay que dar cuenta de nada a nadie. En Tailandia, por ejemplo, la leyenda dice que, en vísperas de una batalla, los guerreros se hacían tatuar por los monjes jemerres y pasaban así a ser invulnerables a las heridas. Hoy en día, monjes budistas organizan cada mes de marzo un enorme festival del tatuaje en el templo de Wat Bang Phra, al oeste de Bangkok, al que acuden miles de hombres, procedentes sobre todo de los bajos fondos, de la policía, del mundo del boxeo o de las agencias de seguridad. Los tatuajes realizados por los monjes son reputados por proteger contra las balas de los enemigos o restaurar la virilidad a quien la perdió. Los propios monjes eligen el motivo del tatuaje y piden a sus clientes que se imbuyan de su espíritu: Hanuman, el Dios-mono; Ganesh, el dios-elefante, etc. "El gentío parece una casa de fieras, escribe Benoît Merlin, los que llevan tatuajes de

tigre pegan saltos, gruñendo y mostrando sus garras; los que se han convertido en serpientes se arrastran por el suelo o se enroscan, los hombres-pájaro baten sus alas, los hombres-mono saltan por doquier. Hasta que llega la policía para calmar los ánimos" (*Le Monde*, 07-10-2003).

Hoy en día, los signos han perdido sus raíces y flotan libremente. Su significado depende sólo del que quiera darle quien se apropia de ellos. Aquí, un motivo recurrente es la idealización de las sociedades tradicionales. Un número de 1985 de la revista *Tattootime* dedicado precisamente al *New tribalism*, abrió un discurso que llegaría a tener gran predicamento. El "tribalismo" le servía de hilo conductor para ligar las distintas modificaciones del cuerpo practicadas por culturas muy dispares pero a las que la revista consideraba sólo desde el punto de vista de sus estilos de tatuaje. En 1989, la publicación de un número ya legendario de la revista *Research*, dirigido por V. Vale y A. Juno, otorgó a una serie de planteamientos dispersos y radicales un fundamento intelectual, una legitimidad social, al mismo tiempo que los daba a conocer. La moda de los *modern primitives* hizo suyo ese renacimiento de la cultura del tatuaje, del *piercing* y otras modificaciones corporales, combinando las tendencias *underground* del sadomasoquismo y de la cultura gay y lesbiana con la cultura y los anhelos "espirituales" de los estadounidenses rebeldes. A raíz de todo esto, la cultura del tatuaje modificó considerablemente su catálogo de motivos, impo-

niéndose sobre todo, y hasta nuestros días, los dibujos de tipo tribal.

En efecto, ya desde los años ochenta, el tatuaje empezó a sumergirse en un sincretismo radical, encarnando una globalización cultural indiferente al tenor y al significado de los distintos signos. Vaciado de sus connotaciones primigenias, el tatuaje empieza desde entonces a flotar libremente como un elemento de originalidad o de espiritualidad dentro de un gran catálogo planetario en el que cada cual escoge libremente la autorrepresentación que le satisfaga, al menos por un tiempo. Ed Hardy, uno de los grandes tatuadores estadounidenses, refleja muy bien en la siguiente anécdota ese *collage* que caracteriza al tatuaje hoy en día: "Tengo un cliente que lleva una serie de motivos tribales (serpientes, retículas de tipo samoano en las piernas, una fusión de samoano y japonés). Quería rendir un homenaje a Sailor Jerry con una bella enfermera tipo años cuarenta, con grandes tetas y culo grande. Quería ponerla cerca de sus tatuajes tántrico-tibetanos. Durante años no se atrevió a pedírmelo, temiendo que me parecería una chorrada. Le dije que me parecía genial" (Vale, Juno, 1989). V. Vale comenta haber encontrado en Vancouver un indio que llevaba tatuajes tradicionales haida y kwakiutl, a lo que Ed Hardy le respondió: "Creo que los hizo *El holandés*. Ese tipo ha hecho por Vancouver unos tatuajes de primerísima categoría. Le hizo algunos magníficos a uno de los últimos escultores indios que

siguen vivos, que hace unas obras alucinantes, tradicionales, con marfil. Es genial poder ayudar a la gente a conectar de nuevo con su cultura, a retomar algo que les pertenecía" (Heuze, 2000). El tatuador se sitúa así por encima de las culturas, se convierte en un trasmisor, casi en un chamán de los tiempos modernos. Y el que nada sepa del significado de los signos que marca en las pieles no es óbice, según Hardy, para reconciliar a sus clientes con sus raíces. En el imaginario posmoderno, nada hay de contradictorio en ello. Según la tatuadora Vyvyn Lazonga, "el tatuaje puede dar fuerza a la persona; es como un talismán al mismo tiempo hermoso y poderoso. El proceso de ser tatuado o perforado es como un ritual que purga las alienaciones creadas por la sociedad tecnológica. Porque todos esos rituales que existieron durante miles de años, hemos dejado de practicarlos. El tatuaje es como una reconciliación del cuerpo con la mente"; (Vale, Juno, 1989). Hanky Panky señala que cada cual puede tener su filosofía: "Yo mezclo varios estilos: dibujo un vikingo y lo decoro con motivos tipo Borneo; o cubro un mal tatuaje con una figura tribal; puedo añadir calaveras o un cráneo tribal con ojos o dientes tallados. No hay límites, podemos mezclarlo todo porque *no somos unos primitivos*" (Vale, Juno, 1989). Con este gran juego de las *citas culturales*, los *primitivos modernos* convierten, en nombre del tribalismo y del rito, a las sociedades humanas en una inmensa tienda de accesorios.

La ficción del Otro resulta simbólicamente poderosa en la medida en que permite sumergirse en una comunidad flotante de acciones e ideas y, sobre todo, de ensoñaciones personales. Para los *modern primitives*, las modificaciones corporales llenan el vacío que en el yo crean los modos de vida de nuestra época, al conjurar con su realización o su presencia significados ocultos que provocan una metamorfosis en el individuo. El tatuaje restaura la unidad del yo, permite reencontrarse con las raíces "primitivas" del ser. Leo Zulueta, tatuador fascinado por los signos corporales de Borneo, escribe: "Creo que realmente hay algo espiritual en esos signos tribales, aunque no resulte evidente a primera vista. Esos dibujos suponen una cosmografía y un conocimiento de los poderes de la naturaleza que los pueblo "primitivos" conocen mucho mejor que nosotros. Ese conocimiento no está en las enciclopedias, pero nos han dejado unas pocas huellas, unos restos: los símbolos de lo que conocen de las relaciones, causas y efectos de la naturaleza" (Vale, Juno, 1989). Y añade sin inmutarse: "Sé que en algunas sociedades, como en Nueva Zelanda, sería una tremenda falta de respeto intentar copiar algún motivo maorí. Pero aquí, en Occidente, creo que la gente busca raíces, lo espiritual, tan sólo lo espiritual"(DeMello, 2000).

Los tatuajes aparecen así como una estética paradójica que practican unos individuos que se sienten atraídos por unas formas que hacen suyas sin tener en cuenta sus orí-

genes. La cultura del Otro, convertida en materia prima de libre disposición, estetizada en un estilo, se convierte así en *pre-texto* de prácticas culturales occidentales muy alejadas del Otro –el cual, dicho sea de paso, probablemente ha dejado de vivir en esa "su" cultura. La globalización de las referencias culturales acelera la transformación del mundo en un inmenso taller en el que todo está disponible. Y, sin embargo, los tatuajes "tribales" nada tienen nada que ver con sus modelos originales cuando se transponen en nuestras sociedades. Tomar prestado un signo fuera de las condiciones sociales que le confieren todo su sentido es una forma más de *cita cultural*: no enuncia la totalidad del texto, sólo lo apunta. Una cita de Cervantes no es el *Quijote*; un tatuaje maorí en Madrid o en Roma no es maorí, puede acaso señalar la atracción que un individuo siente por la cultura maorí, pero probablemente no haga ni eso pues sólo el estilo del dibujo es lo que le atrae, sin saber siquiera cual es su origen. Si el signo denota connivencia, también anuncia ausencia; en este caso, de la cultura maorí. La búsqueda simbólica del Otro sirve ante todo para la auto-transfiguración personal del tatuado. Los signos, pasando de un mundo a otro, se transforman y su filiación pasa a pertenecer al imaginario del tatuado. Sólo eso importa. La persona tatuada inventa un mito personal alrededor de su tatuaje.

La referencia al "primitivismo" o al "tribalismo", aunque carezca de sentido desde un punto de vista antropológico,

permite a la persona construirse una legitimidad, guiarla en una búsqueda capaz de inducir una metamorfosis de su yo. Ilustra un relato que permite construirse como sujeto. De esta manera, emergen nuevas formas, más o menos compartidas, de lo sagrado. El sentido último de los tatuajes, el que vale para el propio individuo, ya no pertenece al texto original. Éste ya es sólo unas páginas arrancadas de un libro extraviado del que sólo se conocen unos fragmentos. Ahora, separadas de los otros capítulos, y de las páginas adyacentes, cada página suelta adquiere sentido tan sólo por su finalidad, es decir, por la manera en que el individuo la hace suya para construir con ella una ficción personal. La moda occidental por las marcas "tribales" es paralela a su relegación, cuando no su definitiva desaparición, en sus sociedades de origen. En otros lugares, en el Pacífico sobre todo, antiguas sociedades isleñas, hoy en día occidentalizadas, intentan rescatar las tradiciones de sus antepasados inspirándose no pocas veces en los relatos etnológicos que dan cuenta de unas tradiciones que los misioneros trataron de erradicar o, también, adoptando motivos cutáneos importados de Occidente.

Firma del yo

Aunque los dibujos puedan coincidir, los significados sociales del tatuaje difieren radicalmente entre las socie-

dades tradicionales y las nuestras. En las primeras, el tatuaje nunca es un fin en sí mismo: acompaña ineludiblemente ceremonias colectivas o ritos de paso, señala el cruce de un umbral de madurez de la persona, la transición a la edad adulta, un cambio de estatus social, el acceso a un grupo determinado, etc.; es un elemento de la transmisión por los ancianos de una orientación y de uno conocimiento que benefician a los novicios. El tatuaje es el momento corporal de una ritualidad más amplia. La persona no puede singularizarse sin perder con ello el espesor de su existencia. En estas sociedades, la persona sólo es miembro de un gran cuerpo común, mientras que, siguiendo con la metáfora, en nuestras sociedades cada cual pretende ser un cuerpo específico.

En nuestras sociedades, los tatuajes individualizan, marcan a un sujeto singular cuyo cuerpo no sirve de nexo con la comunidad y el cosmos, como ocurre en las sociedades tradicionales, sino que, por el contrario, certifica su indisoluble individualidad. El tatuaje responde a una decisión personal que en nada afecta al estatus social, por mucho que denote la presencia de una individualidad específica. En la medida en que el cuerpo es un instrumento de separación, de afirmación de un "yo", existe un gran margen de maniobra para rediseñar el yo (Le Breton, 1997). Para cambiar de vida, se modifica el cuerpo, o por lo menos se intenta. De ahí la proliferación de intervenciones corporales en unas sociedades, las nuestras, donde

impera la libertad, es decir, donde el individuo decide sobre su vida (Le Breton, 2002, 2007).

En nuestras sociedades, la pertenencia a un grupo, aunque no sea del todo irrelevante, rara vez se busca de entrada: es antes una consecuencia de la decisión que una premisa de la misma, si bien no son pocos los que dicen no tener mayor interés por los demás tatuados. La elección del dibujo responde ante todo a una iniciativa personal y a una preferencia estética, no es un gesto de adhesión. El vínculo con el cosmos puede existir, metafóricamente, sólo si el relato del individuo lo articula a través de un simbolismo que sólo a él pertenece. No es un hecho cultural, una cosmología socialmente compartida, sino una elaboración íntima. Esto le obliga a tener que explicar una y otra vez a los demás el significado subjetivo de su tatuaje. Y aunque ese significado le resulte esencial, no necesariamente lo tendrán como tal sus allegados o quienes lucen tatuajes parecidos. Estamos muy lejos del estatus cultural adscrito al tatuaje en las sociedades tradicionales.

El tatuaje es un relato de sí mismo a través de la piel. Pocas son las personas que callan sus marcas. Los tatuados suelen hablar con gusto de ellas, evocar sus recuerdos, compartir sus experiencias, dar consejos. El tatuaje es una forma de fabricar sacralidad. Separado de los sistemas culturales, el tatuaje es hoy una iniciativa personal que se completa con un relato que le confiere un significado importante pero íntimo. Alimenta un mito personal basa-

do en un *bricolaje* con unas tradiciones claramente esquematizadas por la ignorancia de sus orígenes, pero poderosas en la redefinición del yo: "Mi vikingo es porque siempre me ha gustado todo lo 'celta', todo lo que ocurrió en esa época. El tigre es porque es un animal que representa la fuerza. La araña porque es un animal que me encanta, aunque a la gente no suela gustarle" (Christian, 21 años, reponedor). "En la espalda, un dragón y una amazona; en el brazo, un brazalete celta, una mujer-serpiente y un águila en el hombro. Para mí, la referencia es a los tiempos antiguos, no soy ni católico ni protestante, mi religión es más bien pagana, y el dragón, para los paganos, era un símbolo protector. Tenían un dios, la amazona, la Valquiria. Soy todo lo que es un poco nórdico" (33 años, fresador). "Me apasiona la Edad Media, las viejas leyendas. Tengo un caballero celta que lucha contra un dragón en mi hombro derecho; en el costado izquierdo llevo un dragón con una bola de cristal; bueno, y aquí tengo un guitarrista" (Ted, camarero, 26 años). "Tengo un dragón, porque creo que es una criatura fascinante, por la energía que proyecta, pero para mí no tiene ninguna relación con las religiones orientales, sobre las que no tengo ni idea; el brazalete simboliza tres elementos tomados de un adorno celta" (Hervé, ebanista, 25). "Es un mantra tibetano, que se repite en las oraciones y eso. Te conduce a la iluminación, tiene que ver con el Buda. Bueno, es la sabiduría. Significa muchas cosas, pero puedes condensarlas en eso"

(Céline, 20 años, estudiante). Las explicaciones suelen ser aproximadas porque lo que importa no es el rigor etnológico, sino la carga emocional que cada cual da a su tatuaje (Le Breton, 2002, Muller, 2013).

Significados contemporáneos

En una sociedad de individuos, la comunidad de pertenencia proporciona modelos y valores para la acción sólo de manera alusiva. Es el propio individuo quien decide el sentido de su existencia. El dominio sobre uno mismo tiene su paradigma en la relación con el propio cuerpo. El vaciamiento de los sistemas sociales del sentido trae consigo una mayor centralidad del yo. El repliegue sobre el cuerpo, sobre la apariencia y los afectos, es una manera de reducir la incertidumbre mediante la búsqueda de unos límites simbólicos que sean lo más cercanos a uno mismo. Es como si sólo quedara creer y confiar en el cuerpo. La interioridad del sujeto es un esfuerzo constante de exterioridad. Hay que verse desde fuera para ser uno mismo (Le Breton, 2002, 2007).

En una sociedad de las apariencias, de la imagen, del espectáculo, hay que convertirse en imagen para tener la sensación de existir plenamente en la mirada de los demás. En el anonimato democrático de nuestras sociedades, las modificaciones corporales proclaman una singularidad individual, permiten creerse único y relevante

en un mundo en el que las referencias se diluyen y las iniciativas personales abundan. Provocan la mirada, fijan un *look*, y llaman la atención. Son una forma radical de comunicación, de revalorización de uno mismo para esquivar la indiferencia. El tatuado subraya lo que pretende ser. Busca, a través de su apariencia, enarbolar un discurso sobre sí mismo. El tatuaje se convierte en una suerte de *gadget* identitario, en una firma del yo. La individualización ya no es el resultado de un recorrido personal, de una historia de vida, sino que se alcanza mediante la posesión de un signo llamativo hábilmente escogido de entre la actual proliferación de signos. Para muchos contemporáneos nuestros, las marcas físicas son lo que les confiere una identidad y les distingue radicalmente de los demás: sin esas marcas dejarían de ser "ellos mismos". Ser uno mismo ya no es algo obvio, sino el resultado de un trabajo que exige hacerse con la adecuada parafernalia. En un mundo de imágenes, hay que hacerse imagen. "Estaba tan contenta. Era genial, difícil de explicar tanto estaba contenta: me sentía Yo. Era lo que quería, lo que me apetecía. Y fue una decisión que tomé por mi misma. Aunque sabía que en mi casa sería un problema, me sentía super bien, aliviada", dijo una estudiante de 20 años al salir de un estudio de modificación del cuerpo. Hay miedo a ser uno más, a no tener nada que "distinga", y por lo tanto no poder ser alguien. "Cuando me quito mis *piercings* siento que no soy yo. Me siento desnuda" (Vanessa).

Los tatuajes de nuestras sociedades retoman usos de las sociedades tradicionales. Expresan la filiación a una comunidad flotante (*góticos, tecnos, bikers, tribales, etc.*), la lealtad a unos amigos, a la familia o a los colegas del trabajo. Son una manera de llevarlos en la piel y no temer llegar a olvidarlos. A menudo, los primeros tatuajes –caseiros, hechos entre amigos, con un compás, un cuchillo y tinta china– sirven para recalcar la pertenencia al grupo. Con el deseo de perpetuar un momento de alianza, los adolescentes juegan *en serio* al pacto de amistad y lealtad. El grupo se ve poderoso y eterno, y nada debe quebrar su unidad. El tatuaje, aún rudimentario, es un sello que cristaliza el *estar juntos* en una suerte de refugio simbólico que denota también cierto miedo a lo que pueda deparar el futuro. Inscribe en el cuerpo un vínculo secreto e inquebrantable de reconocimiento mutuo, que habrá de resistir el paso del tiempo y todo tipo de desafíos. El dolor que produce su inscripción forma parte del precio a pagar para estar a la altura de las exigencias del grupo y para certificar la importancia de la decisión compartida. Forma menor del rito de *entronización*, aunque sin mayor incidencia sobre la vida futura, salvo por el arrepentimiento que puede acabar suscitando, permite al realizarse potenciar la sensación de ser uno con los otros y, por lo tanto, de no estar solo.

El tatuaje es ante todo un tipo de adorno elegido por su belleza, por realzar el cuerpo, por su toque de originali-

dad. Objeto al mismo tiempo privado y público, existe para ser visto y apreciado por los demás, aunque sea íntimo. Elemento habitual de la construcción del yo en un mundo en el que importa llamar la atención con elementos que tengan un significado social, Rubin (1988) lo describe como una "transformación artística del yo". Forma democratizada del *body art*, el tatuaje encarna una manera de mostrarse construyendo simbólicamente el propio personaje. El convencimiento de que el tatuaje es bello es, por supuesto, el motivo principal de su adopción y valoración: "Un día vi un tatuaje japonés y me di cuenta de que era magnífico. Nada que ver con los tatuajes a lo Harley y otros que podían verse por el bar. Era más bonito que un vestido o que una joya. Era, en definitiva, un accesorio de belleza como cualquier otro, pero duradero" (Lucy, camarera, 22 años). El tatuaje es una joya en la piel, debe ser agradable a la vista, incluso al tacto.

La "espiritualidad" es otro elemento que aparece a menudo en los discursos de los tatuados. Una espiritualidad que ya no está asociada con una ritualidad religiosa y social, sino que responde a un ejercicio de afirmación personal y queda enmarcada en un mosaico de referencias subjetivas. Para algunos, la espiritualidad es inherente al motivo tatuado, aunque el significado que le den sea distinto para cada persona. Para otros, es la ceremonia del ser tatuado lo que tiene una dimensión espiritual. La desaparición de los grandes relatos unificadores trae con-

sigo la proliferación de pequeños relatos personal. El *bricolaje del sentido* domina sobre la lealtad a unas matrices simbólicas unificadas que es lo que esos signos significaban en sus culturas de origen. El relato personal es el único que confiere sentido. El significado de los tatuajes es reconstruido de cabo a rabo, toda vez que las sociedades de las que se toman prestados han desaparecido o se han integrado de manera más o menos afortunada en la humanidad-mundo. Los tatuajes participan del mercado planetario en el que está permitido apropiarse de los datos y reformularlos libremente, aunque casi siempre con un deseo de integrarlos en una ficción grandilocuente.

La dimensión erótica pretende atraer la mirada, o las manos. Si las inscripciones sexuales adornaban los cuerpos de los soldados, marineros y prostitutas a principios de siglo XIX, hoy en día el tatuaje se ha vuelto más discreto. Su valor depende también de su ubicación en determinadas zonas del cuerpo: hombros, muslos, nalgas, pubis, pecho, cadera, etc. Cuando está en zonas íntimas del cuerpo, es un secreto que puede compartirse en una relación amorosa o de amistad, o durante un encuentro casual si cuaja la confianza. Anne-Sophie, estudiante, describe muy bien ese juego de calculado disimulo. Lleva una marca en la parte baja de la espalda que ella misma no puede ver. Sin embargo, "Cuando el tío ve el tatuaje, alucina. No se lo espera. Ver la reacción de los tíos cuando descubren mi tatuaje me encanta porque está muy escon-

dido". Seducción para los ojos, el tatuaje también atrae la mano, el tacto; es un pretexto para el acercamiento y la caricia. El tatuaje favorece los encuentros, facilita el ligue. Alexandra, 22 años, estudiante, asegura que "No cualquiera puede tocar mi tatuaje" y confiesa que lo muestra cuando quiere seducir a alguien en una fiesta.

El tatuaje aumenta la confianza en uno mismo, la maduración de la persona. De ahí el júbilo que trae consigo su realización. Pone simbólicamente fin a una situación de incertidumbre y produce una sensación de dominio sobre uno mismo. Son ceremonias de paso que permiten ritualizar un momento importante: sacarse un título, el primer trabajo, un éxito profesional o académico, inicio o fin de una relación, celebración personal. La consecución del bachillerato, por ejemplo, suele estar presente en los discursos de los jóvenes franceses en torno a las circunstancias en las que tomaron su decisión. Muchos tatuajes se eligen para simbolizar el paso a otra etapa de la vida. Así, en la novela de Russell Banks, *La ley del hueso*, Chappie, un adolescente atormentado, se hace tatuar antes de abandonar a su familia e irse a recorrer mundo: "Me sentía super bien, como si fuera una persona nueva, con un nuevo nombre e incluso un nuevo cuerpo. Mi vieja identidad de Chappie no había muerto, pero se había convertido en un secreto. Un tatuaje puede hacer este tipo de cosas: te permite pensar tu cuerpo como un traje especial que puedes ponerte o quitarte cuando quieras. Un

nuevo nombre, si mola, tiene el mismo efecto. Y experimentar esas dos cosas al mismo tiempo te hace sentirte poderoso". Incide sobre la sensación que se tiene de uno mismo, es como una inyección íntima de sentido. La eficacia del tatuaje, en lo que a los cambios en la persona se refiere, no es, obviamente, inherente al hecho de tatuarse, sino que depende de la inversión emocional del individuo, de sus expectativas, de sus representaciones mentales. Un mismo signo puede ser vivido por unos como un embellecimiento del cuerpo y, por otros, como una experiencia "espiritual" que modifica la vida. En lo cotidiano, el tatuaje se convierte en un *objeto de transición*. Se toca, se palpa insistentemente, sobre todo en los momentos de tensión. Cargado de significados, ayuda a calmarse, a tomar distancia, a recuperar la confianza. A veces se convierte en un escudo simbólico que protege de las amenazas del día a día.

El tatuaje certifica el cambio ontológico. Confirma un acceso a la autonomía, la hace visible y la mantiene presente con el paso del tiempo, hasta que esa transición queda lejos y se deja de prestarle atención. De ahí el júbilo de haber vivido un momento importante. El tatuaje no cambia necesariamente la existencia, pero modifica en parte el modo en que se considera la vida: aumenta la confianza en uno mismo, la propia madurez. "Me siento más seguro de mi mismo. También creo que soy menos tímido. Soy más echado para delante. No sé por qué.

Quizá inconscientemente pienso que el tatuaje es sólo para gente fuerte y con aguante" (Alex, 26 años, diseñador gráfico). Marie-Renée lleva una flor azul tatuada en su cadera izquierda y un *piercing* en el ombligo. Se hizo su tatuaje en un momento de vuelco en su vida, cuando decidió replantearse sus estudios: "Ahí es cuando me encontré finalmente conmigo misma. Quería señalar ese momento con algo que fuera un reflejo de mí y que recalcara el estar empezando algo nuevo". La inscripción en el cuerpo produce un recuerdo específico de un acontecimiento que a menudo la precede: la sensación de haber alcanzado una nueva versión de sí mismo. Y la marca recibirá tanta más carga emocional cuanto más siga rodeada de un aire de transgresión. El suave perfume del escándalo que suele provocar, incluso si ha de durar poco debido a la difusión social de estas prácticas, proporciona una sensación de poder. "Me siento más segura de mi misma, menos dependiente de los demás. Si quiero hacer algo o decir algo, estoy más suelta que antes. Antes era más retraída. Sorprende lo que puede hacer un simple tatuaje. Tengo más confianza en mí misma. Fue mi primera decisión importante. Este es el cambio más importante en mi vida" (20 años, estudiante). "Te crees un hombre, un hombre de verdad con el que es mejor no meterse. Parece una chorrada, pero no deja de ser cierto" (21, estudiante).

Para otros, es también una forma de reconciliación consigo mismos, con la imagen que tienen de su cuerpo, que

no acaba de gustarles pero que, con ese añadido, logran revalorizar. Es una reparación de una historia de vida en la que no se acababa de ser uno mismo. Muchos tatuados confiesan que no les gustaba su cuerpo (otra manera de decir que no se gustaban a sí mismos) antes de la inscripción, pero que, al salir del estudio del tatuador, ya se sentían como renacidos. La marca les proporcionaba una fuerza interior, una madurez, una sensación de renacer. También suele tenerse como un talismán contra las amenazas de la vida, un recordatorio del propio poder personal. "Me siento mucho mejor ahora. Creo que los demás también lo notan. No porque sea más guapo... Bueno, no lo sé. Es una manera de estar con mi cuerpo" (Sylvain, de 19 años, estudiante). "Mi tatuaje es un tema personal. Me avergonzaba de mi cuerpo. Nunca me ponía camisetas. Siempre llevaba mangas largas, pantalones largos, incluso en la playa. Sentía mucha vergüenza de mi cuerpo, de mi físico. Tan pronto como me tatué, el complejo desapareció. Me atreví a mostrarme" (23 años, tatuador). "Yo no me gusto, no me gusta mi cuerpo, pero por lo menos con el tatuaje me parece que es más bonito. Es más femenino, más sensual. Mi cuerpo tiene algo que me permite quererme un poco más. En la relación con mi novio, es importante" (Lise, 22 años, estudiante). El tatuaje cubre el cuerpo de narcisismo. En torno a él la imagen de uno mismo se reconstruye positivamente. Es una forma de tomar posesión del yo, a veces bajo la guía de unos tatua-

dores que, sin saberlo o aceptándolo conscientemente, hacen de maestros de ceremonias de un rito de paso.

El tatuaje es una forma de distinguirse, de añadir un toque personal en el tejido colectivo, de firmar la presencia en el mundo con algo que nadie más tiene, con algo inalienable. Personaliza el cuerpo. "Las mercancías tienen un código de barras, yo tengo un tatuaje. Esto es un reflejo de mi alma, me representa" (Ludovic, 19 años, estudiante). "Yo misma hice los dibujos, son únicos; soy la única en el mundo que los lleva. Nadie se puede parecer a mí" (Claire, 27 años). Se trata, en definitiva, de llegar a ser finalmente uno mismo. El tatuaje refleja una manera de estar en el mundo, proclama la presencia de una individualidad.

El tatuaje, como emblema del yo, y debido a la carga simbólica que éste le confiere, aumenta el sentido de identidad del tatuado y la sensación de que finalmente existe para los demás. Segunda piel, que protege de los riesgos, también restaura el vínculo del individuo con la sociedad. No prima aquí tanto el hecho de construirse una nueva vida como de completar el cuerpo para que adquiriera relevancia y pueda eludir la indiferencia ajena. El cuerpo estaría incompleto sin esos retoques que le permiten finalmente estar a la altura, convertirse en un socio digno de interés. El cuerpo, si no se modifica, no pasa de ser un torpe borrador indigno de encarnar al yo (Le Breton, 2007). El tatuaje, por último, da cuerpo al cuerpo, no sólo

forma parte de uno, sino que es la parte más bella, la más digna de interés. No es posible ser completamente uno mismo sin esa cristalización que el tatuaje opera en nuestra identidad. Los tatuados suelen confesar espontáneamente que han llegado a tener pesadillas en las que se veían sin sus tatuajes. Se despiertan angustiados y comprueban que los tatuajes siguen ahí; sin ellos dejarían de ser ellos mismos.

El gusto de las nuevas generaciones por el tatuaje

Las intervenciones sobre la piel son intentos de rediseñar los límites entre lo exterior y lo interior, una herramienta para atravesar un momento difícil. Atormentado por la pubertad o por la dificultad de aceptarse a sí mismo, el adolescente siente cómo su cuerpo se le escapa, y la ansiedad que siente por su cuerpo va acompañada de la sensación de ser observado por los demás. El recurso a las marcas corporales es un intento de dominar simbólicamente, a través de una modificación de la propia imagen, esos cambios en su físico (Le Breton, 2002, 2012).

En un aula de la facultad, un perforador acaba de hablar con entusiasmo de su oficio. Se ha ganado la confianza de los estudiantes. Marie levanta la mano y expresa su deseo de compartir su experiencia. Dice que hacía mucho que quería tatuarse pero nunca había encontrado el momento propicio hasta que una noche, después de una *rave*, eufó-

rica, se topó con un tatuador que ofrecía sus servicios en su camioneta. Pensó que había llegado el momento. Y, mientras lo iba contando, Marie de pronto no consigue contener las lágrimas y, llorando, dice: "Cuando salí de ahí con mi tatuaje, sentí por primera vez en mi vida que mi cuerpo estaba completo".

Para las generaciones más jóvenes, la marca corporal se vive como una señal de independencia frente a los padres. "Fue de repente, dice Aurore (15 años). Me apeteció y entré en el estudio. Me sentí orgullosa de haberlo hecho, de haberlo conseguido, y eso que soy más bien miedosa; pero me demostré algo a mi misma. Fue como hacerme responsable de mi misma". Y califica su decisión como "asumir un riesgo", frente a sus padres de los que sabe que son contrarios a los tatuajes.

Pero Aurore sale fortalecida de su gesto de autonomía, se siente ahora "responsable" de sí misma y pone a sus padres en su sitio, aunque tema la reacción que puedan tener. Con ese gesto, ha cruzado un umbral y accede a una versión más feliz de sí misma. Se identifica no ya con las personas mayores, sino con los de su edad, no con sus padres sino con sus pares. La búsqueda del yo a través de la marca en un cuerpo del que se toma posesión, no está por lo tanto exenta de tensiones con unos padres que se sienten dejados de lado. El joven busca diferenciarse, emancipar su cuerpo de la tutela de los padres, encarnar su propia vida.

Las marcas en el cuerpo son como contrafuerzas de la identidad, una manera de delimitar la piel, y no sólo en sentido metafórico (Le Breton, 2002, 2012). El tatuaje es a menudo para el adolescente un ejercicio de diferenciación frente a los padres y de asimilación con los pares. De ahí ese discurso contradictorio y ambivalente en el que un joven puede expresar orgullo por la radical singularidad que representa su tatuaje y, al mismo tiempo, señalar que el tipo de tatuaje que lleva está de moda, que su mejor amigo tiene el mismo o que lo vio en el brazo del cantante de un grupo de rock. Muchos adolescentes afirman orgullosamente haber "recuperado el control" sobre sus cuerpos, mientras señalan, como prueba irrefutable, su tatuaje o su *piercing*. Sienten que han llegado a ser ellos mismos gracias al añadido de una marca que experimentan como una firma. El tatuaje da fe de que se pertenece a uno mismo. Una sensación que nace de haber cortado el cordón umbilical y empezado a volar por uno mismo. La voluntad es clara, aunque no del todo consciente, de que sólo deben responder ante sí mismos, y que pueden inventarse un origen firmando su cuerpo, como si nada debieran a sus padres. El tatuaje es a veces visto como un elemento fundador del yo. Anuncia que se ha dejado atrás la identidad indiferenciada con los padres, y especialmente con la madre. Certifica la separación del cuerpo materno y la apropiación del propio cuerpo. Ejercicio lúdico, es un intento de *desmaternización* del cuerpo, un rodeo

simbólico para llegar finalmente a sentirse uno mismo. "Es un toque personal que quería darle a mi cuerpo. Un toque que quiero yo, no la genética" (Julie). Su tatuaje, una flor, le recuerda el día que dejó a sus padres para empezar la carrera de medicina. "Cuando te levantas de la silla después del tatuaje, tu cuerpo ha cambiado, pero tu también ya no eres la misma". Ella se sintió "más atractiva, más *sexy*, más femenina, más auténtica". El nacer al mundo es ahora fruto de una decisión propia.

El signo corporal recibe tanta más carga simbólica cuanto más se oponen a él los padres. Proporciona un lugar de confrontación que contrasta con el clima de consenso que tiende a prevalecer en las familias actuales. Permite cruzar un umbral. "Avisé a mis padres, pero después; yo soy así, aunque no quieran, lo hice. Con el corte de pelo que llevo, saben que más vale no meterse conmigo" (Clara, 20 años). El cuerpo dado por los padres debe ser modificado para llegar a ser uno mismo, para no estar condicionado por un origen. Hay que cambiar la piel. Este deseo de romper simbólicamente amarras, no deja de ser otra manifestación de esa fantasía de auto-generación muy extendida en nuestro mundo contemporáneo.

Según dicen los jóvenes, los padres son abrumadoramente contrarios a los tatuajes y los *piercings*. De ahí las muchas argucias que usan aquellos que se saltaron la prohibición paterna. "Mis padres consideran que los tatuajes son una tontería. ¡Si supieran! ¡Y pensar que

algún día tendré que decírselo!" (Marc, 21 años, estudiante). Una madre, por ejemplo, rechaza que su hija de 16 años se ponga un *piercing*, dice enfurecida: "Yo te parí, yo te hice, no quiero que estropees tu cuerpo" –propósitos reveladores del control que pueden llegar a ejercer algunos padres sobre sus hijos.

Si para los adultos el tatuaje es un gesto personal, a menudo largamente sopesado, para los adolescentes es mucho más impulsivo y proporciona una intensa sensación de estar vivo al facilitar el reconocimiento por parte del grupo de sus iguales. El objetivo consiste en hacerse notar, en darse importancia, en mostrar que se es diferente (Le Breton, 2002). Quien lleva un tatuaje no pasa desapercibido, es observado; su gesto es comentado, se siente valorado e, incluso, un modelo para aquellos que aún no se han decidido. A menudo puede hacer de pionero que, con su ejemplo y su testimonio, permite a los demás dar el paso. Disfruta así de su momento de gloria y siente que es el centro de todas las miradas. Algunos tienen la embriagadora sensación de ser "rebeldes" o de "chocar" a los demás. Una manera de comprobar el propio lugar en el mundo.

El gusto por el tatuaje es una mezcla ambigua de reivindicación de la propia originalidad y de sometimiento a las actitudes propias del grupo de edad. La creencia adolescente en la eternidad de los valores experimentados en el presente suscita entusiasmos por tatuarse marcas comer-

ciales –como la coma de Nike, que fue una moda mundial–, logotipos de grupos musicales, etc. Los adolescentes que dibujan sus propios tatuajes para asegurarse que sólo ellos los llevarán, son pocos. Son muchos los testimonios que mezclan un discurso sobre la singularidad con el ser partícipes de unas tendencias sociales. No perciben la contradicción, porque es una contradicción propia de las lógicas del consumo. "Lo probé con la ropa, pero no rompes lo suficiente. Quería diferenciarme más" (Thierry, 17 años). "Quería ser diferente de los demás, hago como los que van de marginales" (Luc, 20 años). Estamos en las antípodas de la actitud rebelde de los años ochenta y, por el contrario, más bien en una actitud consumista que no es conciente de sí misma. La lógica del consumo domina aquí sin matiz alguno: hay que estar a la moda pensando al mismo tiempo que se es completamente distinto porque se lleva una marca... que otros miles de personas lucen con el mismo orgullo y con la misma sensación de ser únicas. El deseo de estar al día con la moda, de ser partícipe de una tendencia respetable, de sumergirse en la cultura propia del grupo de edad es especialmente fuerte entre las jóvenes generaciones. Mimadas por el *marketing*, no tienen suficiente distancia para conferir a sus marcas corporales unos significados más personales y elegir dibujos más originales. El hecho fundador se remite a los pares, no a los padres, en un contexto social que desacredita la transmisión y la autoridad.

Mostrar u ocultar según las circunstancias

El tatuaje o el *piercing* llaman necesariamente la atención del otro; resulta ingenuo pensar o decir que están hechos sólo para uno mismo. Fabrican una estética de la presencia. La piel se convierte en una pantalla y, como tal, requiere espectadores, aunque sean escogidos. El individuo que observa su tatuaje en el espejo hace un desdoblamiento de la mirada en la intimidad, se mira como si fuera otra persona. Suele ser recurrente la necesidad de jugar al ocultamiento y a la exposición del tatuaje según sean las circunstancias, para evitar la censura de los demás o para llamar su atención. El tatuador parisino Bruno ya dejó escrito que el tatuaje "inteligente" es "el que puede mostrarse y ocultarse cuando se quiera, sin estar nunca obligado". Antes de una entrevista de trabajo, de una visita comercial o de un trámite ante la administración, los tatuajes suelen cubrirse con la ropa adecuada. Los testimonios son muy numerosos y coinciden en señalar el ambiguo estatus social del tatuaje y la clara conciencia de los tatuados de que pueden debilitar su posición si hacen demasiada ostentación de sus marcas en determinados lugares. "Trato de no mostrar demasiado mi tatuaje a mis compañeros de trabajo, porque sé que podría chocar a algunos, así que trato de esconderlo, evito los chismorreos, sobre todo entre las mujeres. En el sector de

las ventas son pocos los que aceptan estas cosas. Puedo lucirlo ahí donde no choca a nadie, por ejemplo, en la discoteca o en un bar de moda" (Marie, comercial, 27 años). Guillaume, estudiante, se tatuó el logotipo del grupo Metallica en la espalda, "en el brazo es más difícil ocultarlo, en el trabajo por ejemplo. Pensé en ponérmelo en el pecho, pero era un poco macarra. Así que la espalda me pareció una buena solución. Es discreto, lo puedo esconder". Los tatuados son buenos conocedores de los ritos de la interacción y de la necesidad de no decepcionar a aquellas personas que les importan, ya sea del ámbito familiar o en el lugar de trabajo. Se adaptan a las circunstancias, se visten de otra manera, disimulan o lucen sus marcas en función de las reacciones que temen o que desean según quienes les vayan a mirar.

Cuando es discreto y está en un lugar que la ropa suele cubrir (pecho, muslos, cadera, ingle, tobillo, etc.), el tatuaje tiene una carga identitaria íntima. Disimulado por pudor o por los usos sociales, se muestra sólo a unos pocos y en momentos determinados: a la pareja durante las relaciones sexuales o a los más cercanos, con aquellos ante los que se pueden franquear los límites del pudor sin sentirse mal. Pero si la ropa lo cubre en la vida cotidiana, puede sin embargo, lucirse alegremente gracias a la ropa de verano, en la piscina, en la playa o haciendo deporte.

Si el tatuaje está en un lugar fácilmente visible: dedos, manos, muñecas, cuello e incluso la cara, entonces se

muestra claramente como una marca de distinción. El deseo de chocar a los demás, de molestarlos es a veces deliberado. "Me encanta chocar a la gente que no me gusta. Hasta me haría más para fastidiarles aún más y para que entiendan que cada cual es dueño de su cuerpo y que hay que ser tolerantes" (Céline, 22 años, enfermera). Los tatuajes en la cara son un estigma voluntario, sobre todo cuando son visibles a simple vista. El individuo deliberadamente se distancia de las interacciones rituales de las que podría participar. Se somete permanentemente al juicio de los demás. Tattoo Mike recuerda cómo cambió su vida tras tatuarse la cara: "Cambió todo. Con mis manos tatuadas, aún podía hacer cosas. Con la cara tatuada, ya no podía. Era definitivamente un hombre marcado. Eso me gustaba casi siempre, pero no me ayudó a encontrar trabajo" (Vale, Juno, 1989, 39). En Québec, Zombie Boy, antiguo joven vagabundo y limpiador de parabrisas en las calles de Montréal, el cuerpo completamente cubierto de tatuajes, con una calavera dibujada en su rostro, ha logrado revertir el estigma de su apariencia en algo valorado: aparece en varios videoclips de estrellas del pop y participa en desfiles de moda.

Eliminación del tatuaje

La mayoría de los tatuados tiene claro que la marca será permanente e insisten en señalar que su decisión fue muy

meditada. Un *piercing* puede quitarse fácilmente y no deja rastro en la piel, no ocurre, sin embargo, lo mismo con el tatuaje. Morimos con él, permanece en la piel. Añade una dimensión al cuerpo para bien o para mal. El deseo de quitárselo refleja un cambio radical en el sistema de valores del individuo, que deja de reconocerse bien en el dibujo tatuado, bien en el hecho mismo de estar tatuado, por pensar, con razón o sin ella, que entorpece las relaciones sociales de las que participa ahora. En estos casos, la marca se hizo a menudo en un momento en el que el individuo no estaba a gusto consigo mismo, en rebeldía contra la sociedad y, convencido del valor negativo del tatuaje, quiso desafiar a la sociedad con su apariencia. A menudo, el dibujo es obsceno o ridículo, pueril o comprometedor. Socialmente integrado, o deseando estarlo, convirtiéndose en padre o madre o, simplemente, queriendo pasar página, el individuo puede acabar viendo sus tatuajes como reflejo de una indignidad personal o como un "error juventud". Más allá de estos motivos, puede tratarse de un tatuaje mal hecho, estropeado por un amigo o pifiado por un profesional. También suele ocurrir que quieran quitárselo adolescentes o jóvenes adultos que desearon fervientemente ser tatuados para convencerse de que eran alguien. Sumidos en el instante, no pensaron ni por un momento que sus gustos podrían cambiar con el tiempo y con las nuevas amistades. Se encuentran ahora con un tatuaje que consideran "hortera".

Obertura

El tatuaje es hoy una tendencia planetaria. El cuerpo desnudo parece ser algo insoportable. Existe un modelo de la muñeca Barbie tatuado y otro con un *piercing*. Símbolo de necesaria adhesión durante la adolescencia, y emblema de la juventud, está presente en los *spots* publicitarios, en las revistas de moda, en los *reality shows*, etc. Todo atleta que se precie pretende ahora multiplicarse a través de un logo, de una marca propia que le permita destacar en los medios de comunicación. Resulta hoy en día muy difícil que un atleta de alto nivel no cuide su *look*, su imagen, y no muestre su singularidad con tatuajes tan famosos como él y ampliamente imitados por sus seguidores. El mundo del espectáculo también está impregnado de esta nueva cultura. El que un *famoso* se tatúe es noticia, y obliga a los tatuadores a reproducir el mismo dibujo sobre miles de cuerpos anónimos ávidos de apropiarse un trozo del aura de su estrella. El tatuaje no es una moda, es un hecho cultural, es el reflejo de una apropiación lúdica de sí mismo, aunque también tiende a convertirse en un producto de consumo más.

Bibliografía

- Atkinson M., *Tattooed. The sociogenesis of a body art*, Toronto, University of Toronto Press, 2003.
- Banks R., *Sous le règne de Bone*, Arles, Babel, 1995.
- Bruno, *Tatoués qui êtes-vous ?*, Bruxelles, Feynerolles, 1974.
- Cook J., *Relations de voyages autour du monde*, Paris, La Découverte, 1998.
- DeMello M., *Bodies of inscription. A cultural history of the modern tattoo community*, Duke University Press, 2000.
- Ebin V., *Corps décorés*, Paris, Editions du Chêne, 1979.
- Falgayrettes-Leveau C. (dir.), *Signes du corps*, Paris, Musée Dapper, 2004.
- Gell A., *Wrapping in images. Tattooing in Polynesia*, Oxford, Clarendon Press, 1993.
- Gröning K. (ed.), *La peinture du corps*, Paris, Arthaud, 1997.
- Heuze S. (éd.), *Changer le corps ?*, Paris, La Musardine, 2000.
- Hewitt K., *Mutilating the body: Identity in blood and ink*, Bowling Green, Bowling Green State University Popular Press, 1997.
- Le Breton D., *La edad Solitaria. Adolescencia y sufrimiento*, Santiago de Chile, Lom, 2012.
- Le Breton D., *Expériences de la douleur. Entre destruction et renaissance*, Paris, Métailié, 2010.
- Le Breton D., *Adios al cuerpo. Una teoría del cuerpo en el extremo contemporáneo*, México, La Cifra, 2007.
- Le Breton D., *La peau et la trace. Sur les blessures de soi*, Paris, Métailié, 2003.
- Le Breton D., *Signes d'identité. Tatouages, piercings et autres marques corporelles*, Paris, Métailié, 2002.
- Le Breton D., *Antropología del cuerpo y modernidad*, Buenos Aires, Nueva Vision, 1997.
- Leroi-Gourhan A et A., *Un voyage chez les Aïnous (Hokkaido, 1938)*, Paris, Albin Michel.
- Levi-Strauss C., *Tristes tropiques*, Paris, Pocket, 1955.
- Maertens J-T., *Ritanalyses 1*, Paris, Jérôme Million, 1987.

- Melville H., *Omoo ou le vagabond du Pacifique*, Paris, Gallimard, 1951.
- Melville H., *Moby Dick*, Paris, Gallimard, 1941.
- Melville H., *Whyte jacket ou la vie à bord d'un navire de guerre*, Paris, Julliard, 1988.
- Muller E., *Anthropologie des tatouages contemporains. Parcours de porteurs d'encre*, Paris, L'Harmattan, 2013.
- Pierrat J., Guillon E., *Les hommes illustrés. Le tatouage des origines à nos jours*, Paris, Larivière, 2000.
- Pitts V., *In the flesh. The cultural politics of body modification*, New York, Palgrave Macmillan, 2003.
- Pons P., *Peau de brocart. Le corps tatoué au Japon*, Paris, Seuil, 2000.
- Radiguet M., *Les derniers sauvages. La vie et les mœurs aux îles Marquises (1842-1859)*, Paris, 1929.
- Rollin L., *Les îles Marquises*, Paris, 1929.
- Rubin A. (ed.), *Marks of civilisation*, Los Angeles, Museum of Cultural History, 1988.
- Sanders C., *Customizing the body: the art and culture of tattooing*, Philadelphia, Temple University Press, 1989.
- Scemla J.-J., *Le voyage en Polynésie*, Paris, Laffont, 1994.
- Scutt R., Gotch C., *Skin deep. The mystery of tattooing*, London, Peter Davies, 1974.
- Thomas N., *L'art océanien*, Paris, Thames and Hudson, 2000.
- Trosman C., *Corpografias. Una Mirada corporal del mundo*, Topias, Buenos Aires, 2013.
- Vale V., Juno A., *Modern primitives*, San Francisco, Research Publications, 1989.

La piel es prueba de presencia en el mundo. A través de ella se nos reconoce, se nos nombra, se nos identifica. Envuelve y encarna a la persona, asemejándola a otras o diferenciándola. Su textura, su tez, sus cicatrices, sus rasgos particulares (lunares, arrugas, etc.) dibujan un paisaje único. La huella en la piel es un signo de identidad, más aún cuando llega por elección.

BIC: AC

